

„mendaros en toda vuestra vida: *in peccato vestro moriemini*. Acab muere impio, Jesabél deshonestá, Saúl vengativo, los hijos de Helí sacrilegos, Absalón rebelde, Balthazar afeminado y Herodes incestuoso. Toda la Escritura está llena de semejantes ejemplos, todos los Profetas publican estas amenazas: Jesucristo se explica hoy de un modo capaz de hacer temblar á los mas insensibles; la experiencia es terrible en este asunto; y vosotros mismos estais diciendo que la muerte es conforme la vida.”

## SEGUNDA PARTE.

LA verdad que se propone Massillon desenvolver en la segunda parte es todavia mas alarmante: *la penitencia en la hora de la muerte casi siempre es inútil*. Dios ha puesto límites á su paciencia; y asi como ha señalado tiempo para acordarse del pecador, le tiene igualmente fijo para olvidarse de él. ¿Cual es la consecuencia inmediata de esta verdad? Que siendo toda la vida presente un tiempo de propiciacion y de salud, si en alguna parte hemos de buscar este segundo tiempo en que Dios abandona al pecador; será precisamente, cuando este se halla combatido por los últimos dolores: por que de otra manera ¿donde estaría aquella justicia que insulta las lágrimas del impio que está para morir? Para conseguir la penitencia en la hora de la muerte, se necesita el concurso no solo de la gracia comun, por decirlo así, no solo de la gracia eficaz que produce la mudanza del hombre, sino lo que es mas todavia, el de aquella gracia que consume la santificacion de una alma, la gracia de la perseverancia final. ¿No es pues el mayor de todos los delirios abandonarnos tranquilamente á las pasiones y al pecado, satisfechos de que á la hora de la muerte hemos de adquirir esta gracia

que prepara la santificacion del hombre? A nadie debe Dios esta gracia. Muchos viven largo tiempo dóciles á las inspiraciones de una conciencia fiel, y suelen morir sin tenerla, tan solo por que se deslizan despues de una larga y recta peregrinacion. Ella debe mirarse como un presente inestimable, como una margarita preciosa que reserva Dios á sus escogidos, para hacerles ver al fin de su carrera, que no son perdurables las persecuciones del mundo.

No seria extraño que Dios concediese tan singular favor á uno de aquellos hombres extraordinarios que durante el curso de su vida no habian visto resplandecer á sus ojos la luz de la fé; que habian existido sin Dios, sin esperanzas y sin consuelos: no seria extraño que una vuelta rápida sobre el pasado tiempo, la presencia repentina de Dios y un golpe violento, é imprevisto de su gracia determinasen una conversion verdadera y una muerte santa. Pero que la espere aquel hombre para quien han sido inútiles, durante la vida, el apoyo de la religion y el socorro de los sacramentos; y que semejante á un pródigo ha desperdiciado tanta riqueza, y abusado de tantos dones, y á quien ha estimulado siempre á los vicios la vana confianza de que al fin morirá con la muerte de los justos; es el colmo de la mas loca temeridad.

Cierto es que un instante de verdadera penitencia basta para la salvacion del hombre; pero cuando se dice que Dios desprezará la del pecador moribundo, se quiere dar á entender que esta penitencia será inútil, por que es falsa. Mas bien es hija de la necesidad á que se ve reducido el hombre, que natural efecto de un arrepentimiento sincero, como lo justifica la experiencia de aquellos que habiéndose mostrado muy contritos en una enfermedad grave y peligrosa, parece que no consiguieron el restablecimiento de su salud, sino para abandonarse con mayor impetu á los desórdenes favoritos de su conducta. El dolor que manifiesta



es hijo de un temor puramente natural: sus lágrimas son lágrimas de Esaú y de Antiocho, lágrimas estériles y reprobadas. Por esto el pecador levantará entonces sus ojos al cielo, y el justo Dios se reirá de sus clamores: llorará, y Dios insultará sus lágrimas. Inútil será entonces que después de haber buscado para confesores á eclesiásticos condescendientes, llame algun hombre de Dios el mas ilustrado por sus talentos y el mas venerable por sus virtudes. En vano le exhortará este Ministro á que ponga toda su confianza en Dios, y minorará á su vista el horror de sus delitos para que no caiga en la desesperacion: el mismo Ministro le hablará temblando, por que sabe que el Señor tiene su peso y su medida y que el hombre nada puede relajar de ella. (\*)

Después de haber hecho una reseña de las pruebas de la segunda parte, para manifestar en este conjunto la lógica admirable y la fuerza de convicción con que siempre se distinguen los discursos de este orador; es conveniente descender á los ejemplos singulares que mejor contribuyen para enriquecer el talento y formar el buen gusto de la juventud. Es grave empeño el de buscar lo mejor donde todo resplandece igualmente. Casi no hay un pasaje en este discurso, donde no falte absolutamente el objeto de la censura literaria, y donde el mas buen uso que pueda hacerse de la crítica, no sea el de elogiar cumplidamente lo que ha llegado al último punto de regularidad. Por otra parte, cualquiera de los trozos que pueden elegirse necesita ser visto en relacion con lo demas á fin de apreciarlo en su perfeccion: por que los movimientos oratorios sacan toda su fuerza de la preparacion que sabe darles el talento; y

(\*) Lo mas de este extracto de las pruebas de la segunda parte, se ha tomado del análisis respectivo, entre los que vienen al fin de cada tomo de los Sermones de Massillon.

esta preparacion desaparece en su totalidad cuando se considera un trozo aisladamente. Sin embargo, tienen cada uno en sí mismo tantos caracteres de belleza, y son tan á propósito para confirmar las mejores reglas; que no los omitiríamos, sin defraudar á nuestro objeto de una parte muy considerable.

El medio mas adecuado para conseguir el triunfo sobre las pasiones es acaso levantar barreras por todas partes, á fin de obstruirles los caminos diferentes que ellas multiplican diestramente para evitar el ataque directo de la moral evangélica. La ley de Dios tiene caracteres tan visibles que se franquean por lo comun á la inteligencia mas limitada; y el pecado produce tan terribles efectos en el alma, que muy pocas veces el remordimiento deja de sobreponerse por su intensidad á los goces reprobados. Todos conocen su posicion moral, y muy raro es aquel á quien se escapa la idea de la suerte que se le espera. Si el orador pues, se limita á la explicacion de los preceptos y á una aplicacion genérica de la moral á las costumbres, dificilmente multiplicará las conquistas de la elocuencia cristiana. Es necesario que saque á su auditorio de la senda comun que le es bastante familiar, de aquellos puntos en los cuales se sitúa, para resistir á las fuertes insinuaciones de la verdad; es necesario que destruya, por explicarme así, todos los atrincheramientos de las pasiones, que no proponga una verdad general sin estar prevenido ya para rebatir todas las excusas que suelen oponerle aquellas; es preciso finalmente que circunscriba de tal modo los caracteres morales, que cada uno de los que le escuchan mire en ellos su propia imágen. De este modo la cuestion toma un carácter muy personal, y la elocuencia puede contar con mayor número de triunfos.

Este era el secreto de Massillon: habla, y todos le escuchamos, combate, y todos nos estremecemos; hierre, y cada uno se cree exclusivamente he-



rido. Se diría que al predicar poseía el don milagroso de las lenguas: pues por notable que sea la uniformidad en el idioma de un pueblo, difícilmente se encuentran en todo él dos corazones que tengan una misma fisonomía. A fin de producir tan maravillosos efectos, ¡con que facilidad abandona Massillon el ataque directo, para tomar otro diferente; la acusación colectiva, para descender á la singular; el sistema de prueba, para seguir el de refutación! Ha desenvuelto ya las pruebas que consisten en el término y medida que Dios pone á su gracia; ha repasado con su auditorio las sentencias más formidables de la escritura santa; pero no olvidándose de que en todas estas amenazas generales cada uno se consuela con los otros, y todos á su vez quieren ser excluidos; lo anuncia terminantemente, para disipar esta miserable y peligrosa ilusión.

„A unas verdades tan terribles oponéis sin „duda aquella secreta y falsa esperanza, de que „estas amenazas generales no os comprenderán „en particular: pero os pregunto, ¿cuales son los „pecadores á quienes se amenaza en los libros san- „tos, con que serán abandonados de Dios en la hora „de la muerte? ¿No son los que se parecen á vo- „sotros? ¿Que mérito halláis que os pueda lison- „gear de que entonces Dios haya de usar con vo- „sotros de particulares atenciones? ¿Acaso vues- „tra vida pasada? bastante favor sería el que Dios „quisiera olvidarse de ella. ¿Acaso los deseos „de conversión que habeis estado formando conti- „nuamente? esos mismos deseos acabarán de hace- „ros inexcusables. ¿Acaso aquella buena dispo- „sición de vuestro natural que casi os precisaba „á amar la virtud? esa era una gracia de que „entonces Dios os ha de pedir cuenta: ¿Acaso „la esperanza que tuvisteis en su misericordia pa- „ra la última hora? ya habeis oído que este será „el mayor de todos vuestros delitos. Lo que yo „hallo de particular en vosotros es que seréis más

„indignos de la misericordia del Señor, que ningun „otro pecador; y que el justo Dios tendrá contra „vosotros algunas razones más, para negaros lo que „esperabais, que contra la mayor parte de las al- „mas impenitentes. ¿Pues en que os podeis fiar „todavía, católicos? Sin duda en la bondad de Dios, „que no quiere la muerte del pecador. ¿En su „bondad? ¿Pensais acaso que su bondad consiste „en una insensibilidad que no siente el ser ofendi- „do con los mayores ultrajes? ¿En su bondad? „Por lo mismo que es bueno, abandonará al peca- „dor en la hora de la muerte: su bondad no le „permite entonces conceder unas gracias que ser- „virían de escollos á los demás hombres; su bon- „dad no quiere poner lazos á la falsa confianza „de los pecadores, abriendo sus entrañas en aque- „llos últimos instantes á los gritos de una alma „infel: también es bondad en Dios el quitar á nues- „tras pasiones los pretextos de error y de impe- „nitencia, y no hacer que la salvación de uno sirva „de perdición para muchos: de este modo contais „con la bondad de Dios, y su misma bondad es la „que pide vuestro castigo, y la que debe hacernos „temer en todo.”

Entre todas las figuras con que un buen orador levanta su estilo hasta un punto en que la elocuencia subyuga y arrastra más, ninguna ciertamente produce mejores efectos que la interrogación bien manejada. Acaso nunca increparon los antiguos con mayor eficacia y vehemencia al culpable, que cuando Cicerón se dirigió á Catilina con un exordio *ex abrupto*, ó cuando le dice que si tendrá valor para resistir á la autoridad de la patria, menospreciar sus dictámenes y rebelarse contra su fuerza; ó más bien cuando pregunta á Tuberon, para desarmar á Cesar: ¿que hacia su espada desnuda en los campos de Farsalia? (\*)

(\*) *¿Quid enim, Tubero, dstrictus ille tuus in acie Pharsalica gladius agebat? ¿cujus latus ille*



Sin embargo, Massillon ha llevado la destreza en este punto hasta un grado muy prodigioso. Incalculable es el número de movimientos que produce en el alma con solo variar el giro de una interrogacion urgente. Semejante á un Poeta trágico, demuestra y ataca fuertemente; acusa y responde, afirma y prueba, empleando las formulas de la duda; conmueve é instruye, ilustra y confunde y lleva la antorcha espantosa de la verdad hasta el fondo de una alma desengañada, á la cual no quedan ya ni errores, ni ilusiones, ni palabras, ni otro lenguaje que el de las lágrimas.

Con todo, no es este el punto en que Massillon se detiene, por que aun le quedan nuevas dudas que resolver ó nuevos desengaños que pro-

*mucro petebat? ¿qui sensus erat armorum tuorum? quæ tua mens? oculi? manus? ardor animi? quid cupiebas? quid optabas?* Todo esto, como observa Rollin, (trat. de est. tom. 2º) se reduce á decir que el mismo Tuberon se encontró en Farsalia y combatió contra Cesar. ¡Pero que fuerza no dan al pensamiento tantas y tan vivas figuras reunidas en tan pequeño número de incisos y esta sucecion rápida de sinónimos graduados por su empleo en la expresion! ¡Con que maestría, con cuanto vigor no pinta el Orador delante de Cesar al acusador de Ligario buscando á Cesar entre la multitud confundida, á sus ojos registrando con avidez todas las filas para encontrarle, y á su espada pronta á sumergirse en su seno! Este apostrofe, dice Le Clerc, el mas vivo y elocuente que ha salido de Ciceron, ha sido justamente admirado siempre por los maestros del arte. Si hemos de dar crédito á Plutarco (Vida de Ciceron) su efecto fué decisivo. Cesar se estremeció á la idea del peligro de que habia escapado. Las tablitas en que estaba escrita la sentencia de Ligario cayeron de sus manos, y desde entonces quedó seguro ya el triunfo de la causa. (V. L. C. orac. de Lig.)

ducir. Parece que cuanto ha dicho tiende á destruir una verdad de fé y es que la penitencia verdadera siempre es eficaz, y nunca desatendida en el asilo supremo de la misericordia. A esto responde con una claridad extraordinaria en que sin padecer nada el principio, queda mas firme la proposicion de que *la penitencia en el lecho de la muerte casi siempre es inútil.*

„Confieso, Católicos, que cuando considero esta terrible verdad, y veo por una parte al pecador en la hora de la muerte buscando á su Dios y levantando sus manos en accion de suplicar, y por otra al Dios de las venganzas apartarse de él y cerrar los oidos á los gritos de su dolor y á todas las señales de su penitencia; confieso, vuelvo á decir, que me parece el Señor un Dios justo y terrible que no necesita del hombre; pongo á mi vista la severidad de sus juicios y me siento sobrecogido de un secreto horror; pero por mas formidable que entonces parezca en su modo de proceder, es justo y no puede portarse de otro modo con el pecador.”

„No quiero decir que un solo instante de verdadera penitencia no pueda borrar los delitos de toda la vida, pero Dios entonces desprecia la penitencia del pecador que está para morir, por que es falsa. Es falsa primeramente, por que no es libre; mas es efecto de la fatal necesidad á que se vé reducido, que de la gracia y de un verdadero arrepentimiento: porque decidme, amados oyentes míos, si despues de haber llegado hasta el último exceso en vuestra rebelion contra vuestro Dios, y despues que el último dia de vuestra salud ha sido el último de vuestras culpas, rendis las armas; y pedis misericordia, cuando os veis ya perdidos, y cuando el Dios de las venganzas tiene levantada ya la espada sobre vosotros: si alzais los ojos al cielo, hácia donde nunca habiais mirado, cuando empieza á faltáros la tierra: si detestais los infames deleytes, cuando



„vuestro cadáver se deshace, y cuando ya no per-  
 „cibis cosa alguna con tanta vehemencia como su  
 „fedor: si derramais vuestras riquezas sobre los po-  
 „bres, cuando desfallecidas vuestras manos se  
 „caen por sí mismas, y no las pueden mantener:  
 „si á tiempo de morir dais las mas tiernas instruc-  
 „ciones á vuestros hijos y criados, cuando ya no  
 „los podeis escandalizar con vuestro mal ejemplo:  
 „en una palabra, si os arrepentis, cuando ya no se  
 „os permite que prosigais siendo pecadores: ¡la  
 „ocasion en que derramais vuestras lágrimas, no  
 „basta por sí sola para hacerlas sospechosas? ¡No  
 „es cierto tambien que entonces Dios juzga con  
 „equidad, despreciando vuestra penitencia? ¡Si pro-  
 „longase aun vuestros dias, no proseguiriais tam-  
 „bien vosotros en vuestros delitos? ¡Si os fueran  
 „á asegurar de su parte que la enfermedad no habia  
 „de concluir en la muerte, tomariais tantas medidas  
 „para hacérosle propicio? Cuando no estaban tan  
 „declarados vuestros males, y teniais aun alguna es-  
 „peranza de vida, ¿permitisteis el que se llamase  
 „al Ministro de Jesucristo? ¡Hubo siquiera quien  
 „se atreviese á proponerlo? ¡Pues que dabais á  
 „entender con eso, sino que os apartabais del pecado  
 „con tanto pesar como de la vida; y que no que-  
 „riais exponeros, por decirlo así, á volveros á Dios,  
 „sin estar antes bien asegurados de que ya no po-  
 „dais servir para el mundo?”

Vuelve aquí el Orador á estrechar á su au-  
 ditorio con esas preguntas enfáticas que conmue-  
 ven profundamente la conciencia: pero no quiero  
 hablar de ellas sino con relacion al modo de pre-  
 pararlas. Esta es la piedra de toque en todas las  
 composiciones oratorias y muy particularmente en  
 los sermones morales en que todo lo hace lo pa-  
 tético. Si examinamos detenidamente lo que pasa  
 fuera de nosotros á tiempo que sentimos algunas  
 fuertes afecciones, veremos que ellas dependen ab-  
 solutamente de la preparacion. Un trueno impre-  
 visto deja una impresion muy diversa de la que

produce aquel que no estalla sino cuando toda la  
 naturaleza nos ha sumergido en ese terror que ins-  
 pira un cielo cubierto de nubes, el relámpago hi-  
 riendo instantanea y reiteradamente nuestros ojos  
 y la tempestad en toda su fuerza. A la luz de  
 estos principios tan obvios examinemos el trozo  
 que acaba de leerse, para ver en que consisten  
 principalmente los admirables efectos de las interro-  
 gaciones que vienen á cerrarlo. Todo lo que pre-  
 cede se reduce á decir que nada tiene de particu-  
 lar el rendirse á Dios, cuando la vida nos  
 abandona; pero nótese el maravilloso resultado de  
 este pensamiento en todo su desarrollo. El Ora-  
 dor aquí sustituye lo individual á lo genérico, y  
 esto le facilita el producir un completo desengaño  
 y excitar un fuerte y eficaz movimiento en el co-  
 razon. Todos saben que la amplificacion oratoria  
 es el gran medio de propagar exacta y abundan-  
 temente las ideas; y cuantos han leído las oracio-  
 nes de Ciceron conocen el grado en que poseia  
 este gran Maestro tan precioso talento. No pare-  
 ce sino que nosotros hubieramos hecho lo mismo  
 en igual caso, y sin embargo apenas hay cosa mas  
 difícil. La amplificacion oratoria no consiste en  
 esa repeticion languida de unas mismas ideas con  
 diversidad de giros en el lenguaje; tampoco en  
 esas enumeraciones prolijas en que toma poca, ó  
 ninguna parte el sentimiento; sino en el desenvol-  
 vimiento de un objeto que antes no presentaba  
 sino la confusa impresion del conjunto. ¿Que es  
 un amplificador inepto? Un hombre que se ocupa  
 friamente en poner á una estatua cuantos vestidos  
 puede haber á la mano, sin extender un ápice la  
 esfera de su objeto. ¿Que es el verdadero ora-  
 dor cuando amplifica? Un escrupuloso y fiel ob-  
 servador de las cosas, un filósofo que despues de  
 haber analizado profundamente los caractéres mo-  
 rales, se complace en seguir al objeto en todos  
 sus lineamentos, examina todos sus resortes, calcu-  
 la lo que es, lo que ha sido, lo que será; y